

La Serena, real y legendaria

Por Jorge Varas Sasso

Es cosa que desata los enojos de todo chileno tener noticias de que en Norteamérica o en algún país del Viejo Mundo no falta algún señor que nos crea todavía vistiendo plumas o se imagine que en estas tierras nos alimentamos de la carne de nuestros prójimos. Sin embargo, con mucha frecuencia oímos, dentro del propio país, opiniones bien curiosas que demuestran a las claras lo poco que nuestros compatriotas saben de su propia tierra: para muchos sureños el desierto de Atacama comienza inmediatamente al norte del valle del Aconcagua y a la histórica ciudad de La Serena se la cree edificada en medio de un erial, donde la tierra le escatima una brizna de hierba y el cielo le niega una gota de rocío. Para otros, al contrario, las casas solariegas de la señorial ciudad, se alzan en torno de amplios patios claustrales, cubiertos de perfumados jardines, donde las muchachas adormecen sus nostalgias, entonando románticas canciones, junto a fuentes rumorosas. Y son muchos los que de la capital de



Escudo de Armas de La Serena, concedido por Real Cédula, el 5 de abril de 1552.

la provincia de Coquimbo sólo saben que diecisiete iglesias elevan allí al cielo sus campanarios, y para ellos, las linajudas damas van todavía por las silenciosas calles, desgranando a toda hora las negras cuentas de sus rosarios. Finalmente, no faltan también quienes conozcan los ilustres nombres de Gabriela Mistral,

Manuel Magallanes Moure, de Victor Domingo Silva, de Carlos Mondaca, de Alfredo Araya J., de Carlos Munizaga Vicuña, de Guillermo Kaulen, de Isaias Cabezón y de tantos otros gentileshombres del arte o de las letras coquimbanas, y elló les haga pensar que la provincia de Coquimbo es sólo tierra de ascetas del espíritu, donde nada se sabe de los ajeteos y andanzas de la moderna vida cotidiana. En realidad, sacudido un poco el polvo de oro de la leyenda, en esa tierra de promisión, las cosas pasan muy de otra manera. Nada tienen de común con el desierto de Atacama, por cierto, el valle de Elquí, "la tierra que mana leche y miel", como la llama Benjamín Subercaseaux, lo mismo que otros de sus fértiles valles. No quedan ya allí amplios patios claustrales, cubiertos de perfumados jardines; ni las espirituales muchachas serenenses de hoy, de tradicional belleza, adormecen ya sus nostalgias, entonando románticas canciones junto a fuentes rumorosas; ni bajo todos los campanarios penden todavía vie-



La estación de La Serena